

La crisis capitalista y el deseo de democracia

La política ha sido secuestrada por la economía, ante la que se inclinan los parlamentos, las instituciones, la cultura, el conocimiento y hasta el amor. El capitalismo ni siquiera en sus períodos de crecimiento puede generalizar la democracia como procedimiento de gestión y en períodos de crisis o de recesión, la democracia es el único procedimiento de gestión verdaderamente incompatible con el capitalismo. El movimiento 15 M, réplica sísmica de la primavera árabe, se inscribe en la misma falla tectónica de la crisis capitalista y revela la globalización de las respuestas frente a la globalidad de la agresión. Retenida lejos de los centros de decisión, despreciada o sobreexplotada en el mercado laboral, moldeada por hábitos homogéneos de consumo, la juventud ha acabado por convertirse (en Europa y en el mundo árabe) en una "clase social" transmediterránea que, por sus propias características materiales, no reconoce límites de edad.

El pasado 1 de noviembre de 2011 los periódicos publicaron dos noticias íntimamente relacionadas. Por un lado, el primer ministro griego Yorgos Papandreu convocaba a sus ciudadanos a un referéndum sobre la deuda pública y las medidas de rescate decididas por la UE. Por otro lado, se anunciaba el vertiginoso aumento de las primas de riesgo en España e Italia y un batacazo general de las bolsas europeas. La relación entre estas dos noticias no se desprendía de un análisis penetrante ni exigía una perspicacia particularmente aguda; todos los periódicos se hacían eco con pasmosa naturalidad de la reacción adversa de los mercados ante este ejercicio de soberanía y democracia en Grecia («el referéndum griego desata el pánico en la bolsa», «la economía europea tiembla ante el referéndum griego», titulaban los diarios). También los políticos mostraban su malestar ante una decisión que consideraban perjudicial para la recuperación económica. Así Rainer Bruederle, asesor de Angela Merkel, no dudaba en condenarla como una falta de res-

Santiago Alba Rico
es ensayista y
escritor

ponsabilidad y seriedad del Gobierno griego: «me irritó», confesó Bruederle a una radio alemana, «es una forma extraña de actuar. El primer ministro Yorgos Papandreu estuvo de acuerdo en que el paquete de rescate era beneficioso para su país. Otros países están realizando sacrificios considerables a causa de décadas de la mala administración y el pobre liderazgo de Grecia». Los presidentes de la Comisión europea y del Consejo de Europa instaron inmediatamente a Papandreu a «honrar sus compromisos»; Finlandia amenazó con cortar todas las ayudas y el ministro español José Blanco señaló que «no era una buena decisión para Europa». La UE, de hecho, congeló inmediatamente el suministro de fondos a Grecia como castigo a su indisciplina y advirtió de las consecuencias de su audacia, mencionando la posibilidad de una expulsión de la organización. Apenas 24 horas después, el primer ministro griego, abandonado por sus propios ministros, claudicó y retiró la propuesta de referéndum.

El análisis de Polanyi adquiere una repentina actualidad en la conciencia y la experiencia de los ciudadanos: es Goldman Sachs, y no las urnas, quien decide el margen de libertad, la calidad de vida, la longevidad y la dignidad de los seres humanos

¿Qué es lo que ha tenido que pasar en Europa para que una consulta popular, instrumento privilegiado de la soberanía democrática, se convierta en un peligro, una amenaza, una irresponsabilidad, una agresión, la sombra de una catástrofe?

Un mes antes, a finales de septiembre, UBS, el mayor banco suizo, publicaba un informe de 21 páginas firmado por los economistas Stephane Deo, Paul Donovan y Larry Hatheway. En él se advertía de que la recesión iba a dejar paso a una depresión y, en tono mitad descriptivo mitad amenazador, insinuaba la necesidad de Gobiernos bien «musculados», menos democráticos y más «autoritarios», para enderezar la situación, so pena de conducir a la UE a una «balcanización» y una «guerra civil». Los previsibles desórdenes sociales que la crisis económica iban a generar, según el modelo de Londres en agosto, podrían exigir cambios de Gobierno, incluso Gobiernos dictatoriales o «militares» capaces de contener y reprimir el malestar. El informe del banco suizo se podía interpretar sin duda como un chantaje encaminado a forzar los rescates bancarios, sin los cuales —se nos dice— sólo cabría esperar un futuro de inestabilidad, agitaciones y autocracias que pondrían fin al «sueño europeo», pero reflejaba también, de manera desnuda, esta creciente intolerancia de los así llamados mercados, poder constituyente supranacional e incontrolable, frente a las instituciones democráticas. Esta necesidad de “represión” de los obstáculos humanos que podrían interponerse en el camino del verdadero “poder soberano”, ha cristalizado ya, de hecho, en la creación de una “policía antimotines” europea, la Eurogendfor, formada por

3.000 hombres y con sede en Italia, una de cuyas patrullas se habría desplazado a Grecia coincidiendo precisamente con la convocatoria del referéndum.

Tras la segunda guerra mundial y hasta 1990, frente a una Unión Soviética que fungía al mismo tiempo de amenaza y de contrapunto, la propaganda occidental logró con éxito –aun si a costa de otros pueblos y otras regiones– fundir en una pieza, como si la naturaleza misma así lo hubiese decretado, un desarrollo material sin precedentes en la historia de la humanidad con un marco jurídico e institucional compatible con las conquistas democráticas populares de los últimos 200 años. Democracia, Estado de Derecho y Mercado parecían fraguados al mismo tiempo y en el mismo molde. No era cierto. Ya en 1944, en un libro clásico cuya lectura es más recomendable que nunca, *La gran transformación*, el húngaro Karl Polanyi había relacionado el fascismo con la autonomía de un mercado abandonado a sus dinámicas autistas al margen de las sociedades y la intervención política. Polanyi había sabido ver muy bien esa contradicción, hoy de nuevo clara, entre la democracia y el derecho por un lado y la “libertad”, concebida precisamente como la expresión sin límites de las pulsiones económicas: «la libertad para explotar a los iguales, la libertad para obtener ganancias desmesuradas sin prestar un servicio conmensurable a la comunidad, la libertad de impedir que las innovaciones tecnológicas sean utilizadas con una finalidad pública, o la libertad para beneficiarse de calamidades públicas tramadas secretamente para obtener una ventaja privada». Ese tipo de libertad, enfrentado radicalmente a la reproducción social en el contexto de la crisis de entreguerras, había llevado inevitablemente a la dictadura y a la guerra.

Dos décadas después de la derrota de la URSS en la guerra fría, la ilusión se derrumba muy deprisa y el análisis de Polanyi adquiere una repentina actualidad en la conciencia y la experiencia de los ciudadanos: es Goldman Sachs, y no las urnas, quien decide el margen de libertad, la calidad de vida, la longevidad y la dignidad de los seres humanos. La política, como alertaba el autor húngaro, ha sido completamente secuestrada por la economía, ante la que se inclinan los parlamentos, las instituciones, la cultura, el conocimiento y hasta el amor. El capitalismo, aparte de un conjunto de relaciones económicas impersonales, implica también un aparato de *gestión*, al que son necesarios por igual, según lugares y circunstancias, los más sanguinarios pistoleros y los más refinados filósofos (como demuestra Frances Stonor Saunders en su exhaustivo estudio sobre «la guerra fría cultural»). Lo que caracteriza a este aparato de gestión es precisamente su *falta de escrúpulos*: durante los últimos sesenta años ha utilizado alternativa o simultáneamente (con arreglo a criterios geoestratégicos en un espacio económico desigual) el colonialismo, el fascismo, las dictaduras, las dictablandas, el Estado del bienestar, las instituciones democráticas, las instituciones financieras y los acuerdos comerciales e incluso el fundamentalismo religioso (como en Afganistán o en los Balcanes). Este aparato de gestión es muy versátil y *no prefiere* el fascismo. Pero tiene en cualquier caso dos límites impuestos por la propia estructura econó-

mica que trata de gestionar. El primero enseña que ni siquiera en sus períodos de crecimiento el capitalismo puede generalizar la democracia como procedimiento de gestión (limitada en el mejor de los casos a una región insignificante del planeta). El segundo revela que *en el peor de los casos*, en períodos de crisis o de recesión, la democracia es el único procedimiento de gestión verdaderamente *incompatible* con el capitalismo. Todo parece indicar que políticos y agentes económicos (el embudo del 1% que se traga la riqueza) han asumido ya que *el peor de los casos* ha llegado y que la reproducción de los mecanismos de acumulación capitalista es incompatible en todas partes, también en Europa, con el Estado del Bienestar y con el Estado de Derecho. Como decía Marx hace 150 años, a veces son «las bayonetas las que tienen que encarrilar la ley natural de la oferta y la demanda».

¿Y los ciudadanos? Salvo en América Latina, donde la democratización de la última década, bajo el impulso de proyectos populares y movimientos sociales, había llevado a un aumento de la conciencia democrática y, frente a ella, a un incremento de las presiones imperialistas, el resto del mundo aparecía o petrificado en su derrota o en franco retroceso. La promulgación y aplicación tras el 11 S de leyes antiterroristas que conculcaban o suspendían derechos civiles y políticos aparentemente bien asentados, junto a la agresiva ofensiva económica contra las garantías sociales y laborales, abrió el camino en Europa a la convicción resignada de que, en efecto, la contrarrevolución capitalista implicaba la apuesta por soluciones neopopulistas o neofascistas, aceptadas o incluso aplaudidas por una población sobornada por las mercancías, amedrentada por la inmigración y formateada por los medios de comunicación.

En este contexto de retrocesos democráticos sin precedentes, a destiempo, con 200 años de retraso, el mundo árabe salió a la calle a reclamar democracia.

Democracia extemporánea y excéntrica

A finales del año 2010 ocurrió, en efecto, algo inesperado y donde menos se lo esperaba. Un incidente trágico pero menor, ya mitológico, en una ciudad del interior de Túnez, Sidi Bouzid, desencadenó el “deshielo” de la única región del mundo que se había mantenido interesadamente fosilizada desde la segunda guerra mundial (quizás, más atrás, desde la disolución del Imperio otomano). Mohamed Bouazizi, un vendedor ambulante humillado por la policía, se prendió fuego delante del gobernadorado de la ciudad y su muerte provocó un levantamiento popular que derrocó al dictador Ben Alí para sacudir inmediatamente toda la región. Teocracias petroleras, monarquías pseudoparlamentarias o falsas repúblicas, desde Mauritania hasta Bahrein todos los árabes sin excepción vivían –o viven aún– bajo severas dictaduras controladas por omnipotentes aparatos policiales al servicio de oligarquías mafiosas muy funcionales y sumisas a los intereses del capitalismo internacional. La situación

general había sido ya expuesta en abril de 2005 en el informe encargado por el PNUD a un grupo de intelectuales árabes: «De acuerdo con los estándares del siglo XXI, los países árabes no han resuelto las aspiraciones de desarrollo del pueblo árabe, la seguridad y la liberación, a pesar de las diversidades entre un país y otro a este respecto. De hecho, hay un consenso casi completo en torno a la existencia de graves carencias en el mundo árabe, y la convicción de que éstas se sitúan específicamente en la esfera política». Corrupción, clientelismo mafioso, parcialidad de la justicia, tribunales de excepción, violencia contra la “sociedad civil”, desigualdad económica, el informe incluía también una denuncia de la ocupación de Palestina e Irak como obstáculos decisivos para la democratización de la zona: «Tras dismantelar el antiguo Estado, las autoridades de EE UU al mando han dado pocos progresos a la hora de construir uno nuevo». Era una forma cortés de aludir al enorme esfuerzo –al contrario– que EE UU y la UE han hecho en esta zona del mundo para impedir la democracia. Tras los atentados del 11 S y la invasión de Irak, la Administración de Bush había comprendido la necesidad de hacer algunas concesiones que maquillaran los regímenes amigos sin cuestionar su poder o –como gustan decir los bombardeadores– su “estabilidad”. Las reformas constitucionales en Túnez y Egipto, las elecciones familiares en Arabia Saudí y los pomposos y perversos comicios en Iraq, junto a las manifestaciones masivas en Beirut, llevaron a algunos propagandistas a hablar en 2005 de una “primavera árabe”. Nada menos cierto. El informe del PNUD venía a corregir esta visión soñadora para hablar con aspereza de «un agujero negro» y «una catástrofe inminente» asociada a una «explosión social» que podía, según sus previsiones, provocar «una guerra civil».

Cuando se produjo finalmente la «explosión social», aún hoy efervescente, lo hizo, sin embargo, bajo un formato desconcertante. La clausura del espacio político, tradicional e históricamente separado del universo social, parecía determinar que el paso poco probable del segundo al primero sólo pudiera ser violento; y, sin embargo, salvo en el caso de Libia, las protestas y manifestaciones que ondularon y ondulan el mundo árabe, de Túnez a Yemen, de Egipto a Bahrein, de Marruecos a Siria, fueron y siguen siendo obstinadamente pacíficas. La instrumentalización de la religión en su vertiente wahabita a partir del pacto estadounidense-saudí de 1945 –ariete reaccionario contra la amenaza de una descolonización progresista que había estado a punto de hacerse realidad– hacía temer, por otra parte, que el “estallido” asumiese reivindicaciones salafitas, se hiciese en nombre de Dios y para imponer la *sharía*, y sin embargo los revolucionarios árabes, no obstante su filiación musulmana, sólo han reclamado «democracia» y «dignidad». Nada de esto estaba en los planes –y en la mayor parte de los casos tampoco en el deseo– de las fuerzas operantes en la zona: la UE, EE UU, Israel, los islamistas y la izquierda árabe, todas las cuales han ido a remolque de la movilización popular.

Ha habido, si puede decirse así, una especie de “alienación” política, y no religiosa, en virtud de la cual el término “democracia” ha condensado y servido de conducto a un aban-

co amplísimo de insatisfacciones y agravios de larga data. El paro, la corrupción, la represión, la humillación, la miseria vital se han medido de algún modo en las promesas incumplidas de Occidente, al que han tomado la palabra con una seriedad en sí misma subversiva. Cuando más retrocede su práctica en Europa y EE UU, cuando menos pueden permitírsela los centros capitalistas desarrollados, un deseo furioso de democracia, un incontenible impulso democratizador ha derrocado tres tiranos y amenaza al menos a otros dos en una zona del mundo –el norte de África y el Próximo Oriente– donde se concentra desde hace 70 años gran parte de la atención interesada, energética y geopolítica, de las grandes potencias que, precisamente por eso, habían impedido hasta ahora por todos los medios el ejercicio de las libertades y derechos ciudadanos más elementales. No importa si estas revoluciones son o no de izquierdas ni si serán más o menos secuestradas o gestionadas desde fuera, como cabe temer; lo cierto es que en ningún otro lugar del mundo la noción misma de democracia resulta más intolerable y peligrosa para todos los actores sobre el terreno. El voto de los tunecinos del pasado 23 de octubre es la expresión de una victoria nacional y regional inaudita y obliga además a cambiar las reglas de juego de la intervención occidental en toda la región.

Lo cierto es que en ningún otro lugar del mundo
la noción misma de democracia resulta más intolerable y
peligrosa para todos los actores sobre el terreno

La potencia de lo políticamente correcto

La potencia revolucionaria de la ingenuidad democrática está demostrando todo su poder deslegitimador también en Europa. El movimiento 15 M, réplica sísmica de la *primavera árabe* que hay que inscribir en la misma falla tectónica de la crisis capitalista, revela la globalización de las respuestas frente a la globalidad de la agresión. Hay algo muy interesante y muy bonito –y potencialmente transformador– en esta movilización de todos los tópicos y todos los clichés, lanzados ahora contra aquellos que durante años los han nombrado sin creer en ellos. El 15 M es, sí, un movimiento *políticamente correcto*. Y esto, que puede ser un límite en las luchas venideras, es de entrada, una vigorosa vacuna contra los autoritarismos neopopulistas que se presentaban como única alternativa a la crisis de credibilidad en Europa. La respuesta es tan sorprendente como la del mundo árabe: cuando la población española parecía definitivamente formateada por el “hedonismo de masas” y abocada a las adhesiones fiduciarias neofascistas (como reacción “natural” frente a la crisis), los “indignados” se lanzan a la calle no para pedir un liderazgo fuerte o medidas “nacionalistas” contra la inmigración, sino en nombre de todas las “convenciones” repetidas por la propa-

ganda y traicionadas por los políticos: solidaridad activa que lleva a impedir desahucios, antirracismo beligerante que obstaculiza el arresto de inmigrantes, tolerancia inclusiva en ejercicio en todas las plazas, democracia participativa en asambleas a veces agotadoras e inútiles, pero cuyo mismo carácter autorreferencial tiene, por contraste, un poderoso efecto revelador: desautoriza y desacredita radicalmente el sistema vigente. «Lo llaman democracia y no lo es» y «no nos representan» son las dos consignas que resumen la conciencia de un *nitham*, como en el mundo árabe, contrario a la autodeterminación individual y colectiva, y que invocan la reclamación de una «verdadera democracia» que aún hay que llenar de contenido.

En el mundo árabe se alimentó la represión y la religión; en Europa el nihilismo del consumo y de los medios de comunicación. Ninguna sociedad histórica ha exaltado tanto la juventud como valor mercantil y ninguna la ha despreciado tanto como fuerza real de cambio: mientras la publicidad ofrecía una y otra vez la imagen inmutable de un deseo siempre reverdecido, eternamente joven, los jóvenes españoles, como los tunecinos, sufrían el paro, el trabajo precario, la descalificación profesional, la exclusión material de la vida adulta y, a poco que se sustrajesen a las normas socialmente aceptadas del consumo pequeñoburgués, la persecución policial. En el mundo árabe, para que no reclamasen una existencia digna, a los jóvenes se les golpeaba y metía en prisión; en Europa, para que no reclamen una existencia digna, se les ofrece comida basura, televisión basura, el tiempo basura de los supermercados y los parques temáticos. En Túnez, los jóvenes excluidos de su propio territorio, eran recluidos en sus cuerpos a porrazos; en España, los jóvenes que no pueden comprar su propia casa ni vender sus competencias laborales, aún pueden adquirir tecnología barata, ropa barata, pizzas baratas. Retenida lejos de los centros de decisión, despreciada o sobreexplotada en el mercado laboral, moldeada por hábitos homogéneos de consumo, la juventud ha acabado por convertirse (en Europa y en el mundo árabe) en una “clase social” transmediterránea que, por sus propias características materiales, no reconoce límites de edad. Como han demostrado las revoluciones árabes, como demuestran los indignados de Europa y EE UU, hay millones de cuarentones y hasta de ancianos a los que se impide el acceso a la mayoría de edad mediante mecanismos al mismo tiempo políticos y económicos.

Pero nos habíamos equivocado: si no se puede reprimir indefinidamente a un ser humano, tampoco se le puede sobornar eternamente; si no sirven los verdaderos golpes, tampoco sirven las falsas caricias. Golpes o golosinas, estos jóvenes de todas las edades no aceptan ser tratados como niños; no se dejan ni amedrentar («sin miedo», gritan aquí y allí) ni comprar («no somos mercancías»). La Puerta del Sol en Madrid demostró también el gran fracaso “cultural” del capitalismo, que ha querido mantener a las poblaciones europeas en una permanente minoría de edad alimentando sólo el hambre: de chucherías, de imágenes, de intensidades puras. Asustados o corrompidos, a los niños se les podía dejar votar sin peli-

gro de que su voto mantuviese ninguna relación real con la democracia. Por eso, en Túnez y en Madrid, en Egipto y en Nueva York, en Yemen y en Atenas, los jóvenes piden precisamente democracia; y por eso, en Túnez y en Madrid, en Egipto y en Nueva York, en Yemen y en Atenas, han comprendido certeramente que la democracia está orgánicamente ligada a esa cosa misteriosa que Kant situaba tajantemente fuera de los mercados: la dignidad.

La dignidad tiene que ver, sí, con el acceso a la mayoría de edad. Sólo los niños no toman decisiones y lo propio de los jóvenes es rebelarse, no contra los adultos sino *contra la niñez*. Cuando se es niño, uno está encerrado en su propio cuerpo, alimentado desde fuera, mantenido –digamos– con vida pero despojado de todo instrumento de apropiación del propio territorio. Por eso, para dejar clara esta nueva comunidad de clase transversal a los países, dos características compartidas han definido, aquí y allí, la lucha por la dignidad y la democracia. Por un lado, las nuevas tecnologías, vectores del imaginario deseante capitalista, integradoras en un mercado desigualmente accesible, habían estructurado un nuevo orden global paralelo al de los prestigios mediáticos; un orden de anonimato por que el que circulaba veloz y dulcemente el flujo impersonal de las peores pulsiones, pero que en todo caso abrigaba también un cambio potencial en la percepción del otro. Ese orden no reclamaba democracia sino excitación; no exigía una sociedad mejor sino intercambio puro, pero desplazado al exterior, inscrito en la plaza, ha restablecido paradójicamente un mundo muy antiguo, antropológica y políticamente casi griego, de respeto y confianza *solo en los desconocidos*.

Pero este concepto de dignidad, entendido como acceso a la mayoría de edad, como reapropiación del propio territorio, exigía precisamente la ocupación física del espacio, *la vuelta al espacio*. Esta es la segunda característica compartida por la juventud transversal de todas las edades en su reivindicación de democracia. Durante años, análisis bien fundados llamaban la atención sobre la descentralización y evaporación del poder, ahora capilar o tentacular, despojado de toda materialización visible. No había ni una Bastilla ni un Palacio de Invierno. Tienen razón. Y sin embargo, el modelo inaugurado en la Qasba de Túnez y en la plaza de Tahrir de El Cairo, prolongado luego en La Perla de Manama o en Taghir de Sana, se extendió por todo el mundo: Sol, Plaza de Catalunya, Syntagma, Bastilla, Wall Street, etc. Sin duda, todos ellos son lugares simbólicamente saturados, pero las acampadas tienen menos que ver con el hecho de apuntar con el dedo un edificio o un ministerio (lo que también ocurre) que con la necesidad de afirmar el propio poder de permanencia en un espacio público. El poder capitalista no tiene un centro, pero ocupa todos los espacios y por eso mismo la presencia física de los cuerpos yuxtapuestos en un recinto común es ya un ejercicio vivo de democracia. *Mantenerse en el espacio* es una respuesta vigorosísimo, subversiva, a esa descentralización del poder: ahora el centro somos nosotros, el lugar que ocupamos todos juntos, la plaza en la que dejamos nuestros rastros y nuestros discursos. La pulsión de la escritura y el dibujo –todos esos grafiti en los muros– es una contestación a la publicidad, que invade las paredes con sus agresivos intereses privados; la asamblea,

por su parte, es una réplica invertida del estudio de televisión, con sus desahogos planificados y sus risas falsas. Como en el caso de las nuevas tecnologías, la paradoja de este poder evaporado es la de que, frente a él, los indignados reintroducen un efecto clásico, también griego: la transformación del espacio en *espacio humano*, ágora para el intercambio de argumentos, academia para el aprendizaje de las leyes de este mundo.

Ninguna sociedad histórica ha exaltado tanto la juventud como valor mercantil y ninguna la ha despreciado tanto como fuerza real de cambio. Los jóvenes españoles, como los tunecinos, sufrían el paro, el trabajo precario, la descalificación profesional, la exclusión material de la vida adulta

Este orden de percepción y de contestación, con sus efectos clásicos, surge en cualquier caso del interior del capitalismo –como si la subjetividad misma, y no la que enfrenta a fuerzas productivas y modo de producción, fuese su contradicción íntima– y no encaja en ninguno de los moldes organizativos que tradicionalmente se habían construido contra él. Tanto la historia concreta de la política real como el formato gnoseológico de la nueva juventud tecnológica deja fuera de juego a los partidos tradicionales sin que, a cambio, la indignación haya sido capaz de forjar nuevos instrumentos y nuevos marcos de intervención transitiva, más allá de la autoafirmación y la negación por contraste. La democracia, por así decirlo, es *paralela al poder*. Eso no basta. *La democracia debe estar en el poder*.

A modo de conclusión

Veinte años después de la derrota de la URSS en la guerra fría, la contrarrevolución capitalista que llamamos “crisis” ha dejado al desnudo la incompatibilidad no sólo entre Mercado y Estado del Bienestar sino, más radicalmente, entre Mercado y Democracia. En este sentido, la ofensiva económica, legislativa y policial destinada, tras el 11S, a asegurar la reproducción ampliada de beneficios, a costa de la mayor parte de la población y de la supervivencia misma del planeta, ha convertido la ingenua reclamación de democracia, en el mundo árabe y en el resto del mundo, en un obstáculo estructural y, por lo tanto, del otro lado, en un motor de transformaciones. El enemigo de los gestores de la economía mundial ya no es el socialismo sino la democracia misma; y por eso es la reivindicación de democracia, al chocar con la base material del capitalismo en crisis, la que debe llevar necesariamente a la concepción de otro modelo (es decir, al “socialismo”). Pero no podremos alcanzarlo sin la articulación de nuevos modelos organizativos que, aupados en los formatos que hacen circular el deseo mercantil, sitúen ese imaginario frente a sus límites razonables: los de la tierra misma y sus recursos.